



La sonrisa de Sísifo

Sergio Quintero

Estudiante de Lengua castellana
Universidad del Tolima, IDEAD

Hay que imaginarse a Sísifo feliz
Camus

Hasta ahora nunca me he preguntado cuántas veces menciono la palabra muerte al día. Tampoco guardo el listado de las ocasiones en que hablo sobre el absurdo de vivir. He olvidado los gestos de quienes me escuchan y se aterrorizan cuando hablo de estos temas porque huyen de la palabra muerte como si bastase correr para que nunca los alcance y pronuncian palabras de desprecio cuando digo que la vida es absurda. Ellos, quienes hacen parte de la mayoría de las personas con las que comparto a diario un puesto de bus, un lugar de trabajo o un lugar en

un restaurante, no quieren escuchar nada sobre la muerte. Tampoco sobre lo absurdo que es la vida. Solo quieren mantenerse enfocados, con la esperanza del éxito sustentada en frases triviales de superación personal. Ellos, solo quieren pensar en las cosas felices de la vida, obviando los intersticios dantescos que se encuentran por debajo del iceberg de la felicidad moderna que habitamos. Ellos, incluso en ocasiones yo mismo, preferimos vegetar por las autopistas de la tranquilidad, del no pensar, del dejar que ese pensamiento se quede afuera de nuestros apartamentos mientras la televisión nos adormece las neuronas. Un placer nada despreciable. Pero no es para eso que estamos en este mundo.

¿O sí? Si decidimos simplemente estar, ¿qué nos diferenciaría de un perro, un gato o un canario? ¿Podríamos vivir en igualdad de emociones y sentimientos a los del resto de mamíferos? Si decidimos que no, ¿pensar nos vuelve más humanos? ¿Acaso es perjudicial para la salud mental pensar que la vida tiene un fin y que ese fin es inminente? ¿Acaso, juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla, según Camus, no es el único problema filosófico verdaderamente serio? ¿Acaso, es menester del ser humano vivir sin compromisos metafísicos y de este modo vivir como lo hacen el resto de las especies?

Pocas respuestas

Me he acostumbrado a vivir mis días acumulando preguntas y desechando información. Una verdadera contradicción en tiempos donde recolectar, poseer, obtener datos y saberes se ha convertido en la plataforma del éxito y del ascenso socioeconómico. En la actualidad se esperan conversaciones nutridas de conocimientos sobre una variedad de temas que van desde lo político, pasando por lo social y toda la sensiblería barata ofertada en las redes sociales, hasta incluso aproximarse a una filosofía basada en diatribas y tontas discusiones sobre los temas de moda. Y ni hablar de lo culto que una persona puede parecer cuando habla de sus viajes y sus aspiraciones académicas de posgrados y cuanto curso o seminario se ofrece. Y nadie tiene la culpa. Ni ellos, ni yo. Ninguno de nosotros es culpable de naufragar en las aguas de lo que Bauman denominó la modernidad líquida, cuya esencia requiere de consumidores exacerbados por el instante fugaz de lo viral, de lo volátil, de lo etéreo. Un consumo ágil y mentiroso que debe mantenerse alejado del raciocinio, pues como lo expresara Bauman “si se creyera en la existencia de unos límites objetivos, sería el fin de la sociedad, la industria y los mercados de consumo” Y el gran hermano no se va a rendir tan fácilmente. En medio de este consumo desaforado, las cosas, incluso la vida misma, se ha convertido en un objeto de corta duración, por

lo cual no es de extrañar que, al año, ochocientas mil personas en el mundo decidan acabar con su vida. Tampoco es raro, que el suicidio sea la segunda causa de muerte de jóvenes entre los 15 y 30 años.¹ Es la lógica consecuencia de nuestra modernidad.

Vivimos tiempos desesperanzadores. Basta con encender el televisor para sentir que el mundo no anda bien. En las calles campea el odio, materializado en improperios, malas miradas y negativas por doquier. El mundo se mueve bajo una dinámica devastadora: el consumo. La fugacidad, la rapacidad y la superficialidad, son características propias de una época en la que impera un deseo de consumir a toda costa, no importa qué, ni cómo, pues es menester alimentar las galerías fotográficas de nuestras redes sociales con fotos que le cuentan a los demás cuán felices somos. Fluimos y desaparecemos sin siquiera ser conscientes de ello. En esa inconsciencia, arrastramos con nosotros lo que encontramos en el camino. Avanzar siempre, no detenerse y no mirar hacia atrás, son algunas de las premisas que configuran nuestra modernidad. ¿Cómo poder vivir de este modo? ¿Cómo no encontrar en el suicidio una efectiva y eficaz solución a la locura de nuestros tiempos?

La vida es un tránsito entre la nada y la nada

Aunque las cifras generan alarmas y los medios de comunicación vociferan la grave situación, el suicidio es una opción de vida. Sí, una decisión, una acción con su lógica reacción, pero que al final de cuentas sigue haciendo parte de la vida, de eso que llamamos existir y que tiene que ver con sobrevivir a nuestras elecciones. Si decidimos vivir, hay que soportar las consecuencias. Si decidimos morir, no es necesario lidiar con ninguna consecuencia más que la de abandonar placeres, lugares y personas. En ambas situaciones hay pérdida. Sin embargo,

¹ Cifras de la OMS. Disponible en https://www.who.int/mental_health/suicide-prevention/infographic/es/



parece más tentadora la idea de no sentir ni pensar, mucho menos sufrir por una decisión tomada y mientras no tomamos la decisión, la vida de todas maneras va extinguiéndose en su tránsito inevitable. Se trata pues de elegir porque, como expone Camus en el Mito de Sísifo, “Vivir bajo este cielo asfixiante exige que se salga de él o que se permanezca en él. Se trata de saber cómo se sale de él en el primer caso y porqué se permanece en él, en el segundo”

En medio de esta dicotomía, el hombre agacha la cabeza cada vez que el péndulo de la existencia pasa sobre él. En un extremo, la vida, en el otro, la muerte. A primera vista, el juego parece consistir en saber el momento exacto en el que se debe arrodillarse para no ser golpeado, ni por la vida, ni mucho menos por la muerte. Pero nos concentramos tanto en evitar el golpe mortífero, que descuidamos los ataques de la vida. Estamos perdidos. Eso es seguro. Pero ¿existirá la forma de evitar los golpes? ¿Se puede vivir sin pensar en evitarlos?

¿Vale la pena cualquier acción por evitar que la vida o la muerte nos golpeen? ¿Si descuidamos la simetría del movimiento pendular, cómo evitaremos el golpe? ¿Acaso el péndulo no cambia su velocidad? Como dije, tengo más preguntas que respuestas.

El mito de Sísifo: una guía para la resistencia

Pienso en la muerte y aparecen las náuseas. Hablo de ella y siento que me faltan las fuerzas. Es inevitable el malestar que me genera. Aunque pensar en ella se ha convertido en parte de mi rutina, no dejo de sentirme mal. No sé si es normal. Tampoco me interesa descubrirlo. Lo que de verdad me importa es la transformación que he tenido a partir de pensar en que la muerte es más real que la vida. Una de las ideas que me ronda a partir de este discernimiento es que debo resistir. No quiero dejar que la corriente me arrastre. No quiero dejarme llevar por las aguas de la modernidad. No es un capricho. Es una necesidad vital. ¿O mortal? Lo que tengo

claro es que una de las herramientas que me han ayudado a resistir es la lectura y a través de ella, lograr convertir lo que sucede al leer en algo que me transforme. Leer El mito de Sísifo, de Albert Camus, por ejemplo, me ha dejado un pequeño listado de ideas que han venido modificando mis construcciones mentales.

Cuestionar todo

Camus esboza el razonamiento absurdo mediante algunas premisas planteadas a modo de pregunta y con las cuales logra cuestionar los preceptos que rigen la vida. A través de estos cuestionamientos, Camus logra desestabilizar los arquetipos que dominan nuestra sociedad acerca de la vida y la muerte, de ese sin sabor que nos embarga los días y del cual no tenemos certeza de su origen. Pues bien, al comenzar a leer El mito de Sísifo, comenzamos a correr un telón que encubre muchos telones y muchos espejos de fondo, y que, como una cebolla al perder sus capas, vamos develando incertidumbres tras incertidumbres. Al correr los telones, al atravesar cada capa, vamos descubriendo que no hay respuestas suficientes, al mismo tiempo que experimentamos el vértigo placentero de cuestionar todo, de hacer la correcta digestión a las palabras que pululan en nuestro diario vivir. En esta labor de ir abriendo capas, lograremos en palabras de Camus “una consciencia perpetua, constantemente renovada, constantemente tensa” para conocer la fuerza contraria a la mía y saber si me es provechosa o debo desecharla.

Tres imágenes

Para hablar del hombre absurdo, Camus utiliza tres imágenes que nos marca la esencia característica de ese individuo que se encuentra extraviado en medio de su inútil existencia. Primero, se vale de la imagen de Don Juan y su capacidad cognitiva y decisoria, para decirnos cuán importante es el dominio de lo intelectual para la formación del carácter. Luego, aborda el papel del actor en la comedia, en el espectáculo, el

cual es capaz de madurar sus personajes a medida que transcurre el tiempo, toda vez que cada experiencia le permite mimetizar su identidad bajo las diferentes máscaras. Por último y de manera magistral, Camus iguala al hombre con un dios creador, el cual debe tener claridad que la grandeza de los actos radica en su inutilidad y la falta de porvenir. Decisión, adaptabilidad e inutilidad, son tres elementos que nos ayudan a ser resistentes en los tiempos actuales. ¿Para qué si el final será el mismo?

¿No es acaso el conquistador, según Camus, alguien que sabe la inutilidad de su conquista?

Sí, la conquista de la vida es fútil y no por saberlo lograremos la vida eterna. “Pero su libertad consiste en saberlo” (Camus, 1942)

La creación absurda

Defender la creación absurda y comprender su esencia metafísica, es otra idea que atraviesa El mito de Sísifo. Desde este potencial creativo, lo absurdo posibilita el rompimiento de las fronteras y la deformación de los lenguajes, con lo cual, aparece el arte. Y con el arte, quedamos a nuestra entera disposición para liberarnos de las ataduras de un mundo mayormente dominado por la estulticia. El arte nos permite fracasar sin miedo y a consciencia, para re-crearnos desde la absurdidad sin caer en las trampas de las estupideces modernas como el éxito, pues como lo expresa Camus “Se quiere ganar dinero para vivir feliz y todo el esfuerzo y lo mejor de una vida se concentran en ganar ese dinero. Se olvida la felicidad; se toma el medio por el fin”

El sentido profundo

Por último, el autor argelino, nos deja ver una imagen diferente de Sísifo. Mientras descende, el hombre agobiado por su rutina se detiene y piensa en lo que puede darle sentido a su existencia, si es que tal cosa llega a ser posible. Y allí, mientras el condenado por los dioses

sube y baja de manera cíclica para cargar con su molesta piedra, el lánguido humano debe, puede y tiene que encontrar el significado que necesita para soliviar el peso de su existencia. O mejor, para que el tránsito de la nada a la nada que es la vida, tenga un sentido profundo, pues “si el descenso se hace algunos días con dolor, puede hacerse también con alegría” (Camus, 1942)

El mito de Sísifo es una reivindicación del asunto más trascendental del ser humano: la muerte y al decir muerte, digo vida. Por eso, me atrevo a utilizar la palabra reivindicación, pues al ser conscientes de nuestra calidad absurda, de nuestra finitud, nos encontramos eximidos de caer en las fauces del desespero suicida y, por el contrario, se cultiva el deseo exploratorio que permite descubrir otros puntos de vista, otros mundos, otras posibilidades. Camus nos invita a apropiarnos de nuestro destino, a correr los telones de manera infinita por el solo placer de perturbar su quietud. Para disfrutar y resistir la rutina, es necesario conocer la esencia de la vida, es decir, su condición de absurda y nuestra impotencia al respecto.

Al mismo tiempo, Camus nos invita a pensar en qué tipo de cosas nos pueden ayudar a llenar el vacío que la vida ha dejado desde tiempos remotos. Dicho de otro modo, el ser humano construye y destruye su destino a su antojo y cuantas veces quiera. Al final de cuentas, el ser humano se ha ganado ese derecho después de cargar durante siglos con su pesada roca. Es nuestra obligación reclamar ese derecho.

La sonrisa de Sísifo

Me gustan los viajes. Pueden ser en autobús, en automóvil, a pie; puede ser un pequeño recorrido de ascensor entre el primer y el sexto piso del edificio en donde trabajo. Lo que me gusta de estos viajes es la posibilidad de pensar. Por ejemplo, todos los días, mientras voy hacia mi lugar de trabajo, me abstraigo de la realidad que me rodea, de las circunstancias en las que me encuentro; en esos treinta minutos de trayecto pienso sobre las trivialidades y profundidades, sobre lo absurdo y lo socialmente razonable. Una de las cosas en las que me gusta pensar mientras el autobús está en movimiento, es en la posibilidad que se le presenta a Sísifo de sonreír mientras desciende la colina,



justo antes de recoger la piedra y volver a su rutina. Camus lo manifiesta al final de su libro: “El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo dichoso”

La vida es un viaje y dentro de ella ocurren cientos, tal vez miles de viajes. Esta posibilidad es suficiente motivo para soportar la inutilidad de la vida misma. Todos los días viajamos. Desde que nos despertamos hasta que nos acostamos en la noche, realizamos varios desplazamientos de un lugar a otro. La mayoría de las veces se hace por obligación, por cumplir con esa rutina laboral o académica que nos ha sido exigida desde que los ingleses hicieron su revolución industrial. Pero, ¿por qué no realizar nuestros propios viajes, nuestros movimientos, aquellos que nadie, muchos menos un sistema, podrá decirnos cómo debe ser? ¿Cuál será la duración o qué se debe sentir? ¿Por qué negarnos la oportunidad de sonreír mientras no tenemos la piedra a cuestas?

Mi sonrisa aparece cuando estoy leyendo. La lectura me ha permitido abrir un agujero espacio-temporal desde el cual puedo moverme a mi antojo. Puedo ser Ulises pensando en Penélope mientras deambula por el océano. O puedo ser Eneas huyendo de Troya al tiempo que la poderosa ciudad es sitiada.

También puedo viajar con Gulliver hacia tierras fantásticas de gente pequeña, o con Marlow a través de las aguas inhóspitas del África; quizás logre hacerlo con Arthur Gordon Pym hacia el fin del mundo. O puedo no ir tan lejos y ser uno de los comensales que presencié la matanza de Pozzeto desde la narración de Mendoza, o vivir en la ciudad de Angosta de Faciolince, al tiempo que puedo ir hasta Macondo y maravillarme con los artilugios de Melquiades. Últimamente he ido al futuro a través de una compilación de narraciones de cronómetros para el fin de los tiempos. Mi sonrisa aparece en cualquiera de estos momentos y aun cuando no tengo el libro en mis manos y pienso en las líneas leídas, vuelvo a sonreír.